



Herman
Melville

Las Encantadas

Las Encantadas o *Las Islas Encantadas* (1854) es un bello e inolvidable trabajo que Herman Melville escribe tras su viaje a las islas Galápagos. Charles Darwin, quien había visitado las Galápagos unos años antes, había colocado el peculiar eco-sistema de estas islas en el centro de su revolucionario trabajo sobre la teoría evolutiva. Para Melville, también, la visión de un territorio no alcanzado por la mano del hombre alteró su perspectiva frente a la civilización. *Las Encantadas* captura de forma exacta el encanto y misterio eterno de estas islas y refleja, a la vez, las pasiones e intereses de este gran escritor estadounidense.

PRÓLOGO

En los escritores como Melville —bien pocos, claro—, que inauguran una categoría exclusiva dentro de las clasificaciones superiores, es difícil encontrar —después de *Moby Dick*— el segundo libro para leer cuando ya nos hemos convertido en sus admiradores. «Benito Cereno» y «Billy Budd», si bien revelan la familiaridad con el mundo melvilleano —el escenográfico, pero también el alegórico—, parece mejor dejarlas para el final, cuando uno puede recuperar los sabores a cierta distancia del manjar. *Mardi* (no sé si hay traducción al español) es demasiado compleja y, por lo demás, el lector satisfecho de *Moby Dick* podría tomarla como un bosquejo malogrado, fallido, de la exitosa obra mayor. O por un intento de Novela Total, con islas imaginarias en lugar de las reales. «Bartleby» es un sendero distinto, un dibujo a lápiz —todos los matices del gris y del negro— que da una idea equivocada del escritor que Melville era (capaz de guardar en un cuarto de la memoria la mezquindad irritante del narrador). Todos los libros que restan, incluido el extenso poema *Clarel* (el «incubo terrible», según la mujer de Melville: 20 000 versos divididos en 150 cantos) ofrecen muestras parciales del genio de Melville, pero fracasan en decirnos al oído algo que *Las encantadas* no calla: quien escribió este libro escribió también *Moby Dick*; o, para no hacerle las cosas tan fáciles a *Las Encantadas*: quien escribió *Moby Dick*, escribió también *Las Encantadas*.

Melville publicó *The Encantadas, or The Enchanted Islands* en forma serial durante el año 1854, con el seudónimo Salvator R. Tarnmoor. Luego fue incorporada, junto a «Bartleby» y «Benito Cereno», a *The Piazza Tales*. La distan-

cia entre el joven que recorrió esas islas y el hombre que recuerda tal experiencia está matizada por el *nom de plume*; la prosa, por el aprendizaje concentrado en cápsulas de obsesión, como se le debe admirar al autor de *Moby Dick* (o como suele reprochársele). Después de leer *Taipei* y *Omú*, Robert Louis Stevenson lamenta que una de las hadas madrinas haya rechazado la invitación de asistir al bautismo de Melville. El futuro joven será capaz de ver, de decir y de encantar... pero no de oír. Curioso reproche (o no tan curioso en un escritor que decretó «guerra al nervio óptico, guerra al adjetivo») porque parece desatender varios hechos: Melville escribió las peripecias de *Taipei* y *Omú* unos cuantos años después de que hubieran ocurrido; Melville lo hizo con sus precisas y salmodiosas inflexiones, que renuncian a los favores de la oralidad para hacer caer al lector en una especie de emboscada retórica, de la que no podrá huir sin reconocer el bello ejercicio de inmersión en esos ritmos, en esa sintaxis. También De Quincey reprochaba a John Donne la falta de oído desde el bautismo (John Donne es tan monótono en inglés como Jorge Borges en español. ¿Qué tal John Louis Donne? El hexámetro yámbico y la buena configuración de la prosa y la poesía inglesa predispuso mal a ciertos oídos, los que esperan —y reclaman— la misma música siempre.

Pero esta era una digresión, sigamos con *Las Encantadas*. El archipiélago en miniatura de *Las Encantadas*, de configuración tipográfica que el autor se encarga de explicitar, había sido ya un enigma biológico para Charles Darwin, quien recorrió las islas entre setiembre y octubre de 1835. El viaje del *Beagle* le permitió en esa apoteosis pétreo de lo arcaico llevar más lejos que nunca sus conjeturas e hipótesis acerca del origen de las especies, como si los pensamientos adoptaran una fragmentación insular distinta a la amaestrada por el continente. La terca, cineraria, despiadada geografía tiene un nombre que se refiere las criaturas —quelonios— que parecen insinuar otro cementerio

de islas móviles sobre las espaldas del encantamiento: Galápagos. El naturalista y el escritor ven lo mismo pero conviene comparar las versiones para comprobar cómo hizo cada uno para volver este mundo algo más cierto.

Melville nunca reniega de lo lírico, y abastece la avidéz del lector con una cantidad tan vehemente de imágenes que las narraciones de *Las Encantadas* parecen episodios bíblicos inventados en un lugar del planeta poco apto para permitirlos. El escenario ofrece una especie de textura senil, donde la evolución fragua una demora artificial y confiere al aire —que es el único tiempo visible— el aliento poderoso de la imaginería y las intrigas del Pentateuco. Melville había visitado las islas en uno de sus tempranos peregrinajes balleneros (el primero de los cuales fue en el *Acushnet*) y recobraba ahora las historias con su imaginación de profeta, que por momentos acallaba su memoria de viajero. El paisaje bien podía corresponder a la exaltada serenidad con que puede reproducirse algo percibido muchos años antes; las historias inflaman una violencia sagrada, que los estrechos, arrecifes y desfiladeros de Galápagos instruyen con inusual maestría. La historia de Hunilla, por ejemplo, abandonada en una de esas islas terribles, borra con su ronca afirmación antropológica la bella y misteriosa cortesía fomentada luego por los transatlánticos y su opereta flotante de invitaciones solícitas: «¿De qué barco eres tú, marinero?», «¿Y tú, de qué isla?».

Y, sin embargo, en toda esta prosa turbulenta, en la que por momentos fulgura un destello abisal o interviene una tinta de atroz profundidad oceánica, hay una firmeza ancha que parece declarar, como en el poema de Auden: «Esta roca es el Edén; naufraga aquí». Melville, como un bajo continuo, sentencia o recalca: «Hay una experiencia del mundo que no puedes perderte. Si resultara imposible llegar hasta allá, lee este libro. Si estás ahí, consuélate». Con esa extraordinaria capacidad que había adquirido Melville para convertir las cosas concretas de este mundo en cifras

de una constelación simbólica, *Las Encantadas* es el núcleo ígneo de la tentación y el peligro: un paraíso en el que habitan como evocaciones visibles todas las fealdades del infierno.

Hay algo más en el estilo, una opulencia que no pierde nunca la fórmula y la apariencia de lo frágil, y que esta nueva traducción reproduce con fidelidad. Y hay un factor mágico, fácil de argumentar en uno de los grandes maestros de la prosa norteamericana que es también un visionario, un agitado corazón capaz de evocar las tripulaciones populosas con un amuleto o un rito. Aunque existían —que yo sepa— traducciones anteriores de este libro, siempre lamenté que fuera «un secreto» para los lectores, en la medida en que las traducciones hoy ya sin circulación eran —como se dijo en los primeros párrafos de este prólogo— el segundo libro a recomendar para quien hubiera ingresado en la órbita de Melville después de *Moby Dick*. Lo atribuía a la pereza de la industria editorial en lengua española, y a la errática política de reediciones. Sin embargo, hay un fenómeno de evasión que *Las Encantadas* ensaya o produce también en la lengua original. La prudente y pragmática monografía de Elizabeth Hardwick, por ejemplo, uno de los últimos libros de divulgación sobre el autor de *Moby Dick*, no menciona el libro ni el hecho de que Melville hubiera pasado por las Galápagos. Lejos de parecer uno de esos olvidos significativos para los que nos ha entrenado la custodia psicoanalítica, parece una extraña precaución del texto mismo, que es también un tesoro y gusta, por lo tanto, de esconderse. Hagamos caso, entonces, a Auden: naufraga aquí lector. De estas páginas no habrás de arrepentirte.

Luis Chitarroni

PRIMER BOSQUEJO

Las islas en general

—Eso no puede ser —dijo el barquero—
menos que sin saberlo, por un acaso, estemos predestina-
dos
a esas mismas islas que surgen de vez en cuando,
que no son tierra firme, no tienen punto fijo,
sino que flotan de aquí para allí
por el ancho mar; por esto son llamadas
las Islas Errantes; por esto evítalas
pues a menudo han hundido a muchos navegantes
en el más mortal peligro y en desesperado trance;
pues cualquiera que una vez haya puesto
allí su pie nunca puede recobrarlo
se queda eternamente desorientado e inseguro.

Oscura, lúgubre, sombría como tumba voraz,
que reclama todavía carroñas y osamentas;
sobre la cual se posa la lechuza espeluznante
para dejar oír su nota funesta que para siempre apaña
de su guarida a todas las otras aves, más alegres,
mientras en torno suyo espectros errantes gimen o aúllan.

Tome veinticinco cúmulos de ceniza desparramados aquí y allá en un terreno baldío de las afueras de la ciudad; imagine algunos de ellos engrandecidos al tamaño de montañas y que el mar sea la parte baldía y tendrá entonces una idea adecuada del aspecto general de las Islas Encantadas. Se trata más bien de un grupo de volcanes extinguidos que de islas; con un aspecto similar al que tendría el mundo después de una guerra punitiva.

Hay que preguntarse si en cuanto a desolación, algún otro sitio yermo de la tierra pueda proporcionar algo semejante a este grupo. Cementerios abandonados de otros tiempos o viejas ciudades en ruinas constituyen espectáculos ya bastante melancólicos, pero como todo lo que en algún momento ha estado vinculado a la humanidad, aún despiertan en nosotros cierto afecto, por muy tristes que sean. De modo que incluso el Mar Muerto, por más que genere a veces otras emociones, no deja de provocar en el peregrino alguno de sus sentimientos menos desagradables.

Y por lo que hace al ánimo solitario: los grandes bosques del norte, las superficies de aguas no navegadas, los campos de hielo de Groenlandia, son las más profundas de las soledades para un observador humano; con todo, la magia de sus cambiantes mareas y sus estaciones atenúa su horror ya que, aunque no los visiten los hombres, la primavera visita esos bosques; los mares más remotos reflejan las estrellas familiares, lo mismo que el Lago Erie, y en el aire claro de un bello día polar, el hielo azulado y radiante, luce tan hermoso como malaquita.

Pero la propia maldición, si uno quiere, de Las Encantadas, lo que las pone en cuanto a desolación por arriba de Idumea^[1] y del Polo, es que para ellas el cambio nunca llega; ni el cambio de estaciones ni el de pesares. Atravesadas por el Ecuador, no conocen el otoño ni tampoco la primavera; ya reducidas a las heces del fuego, poco más es lo que la misma devastación puede provocar en ellas. Las lluvias refrescan a los desiertos; pero en estas islas nunca llueve. Como calabazas de Siria que se secan al sol, son resquebrajadas por una eterna sequía bajo un cielo ardiente. «Ten piedad de mí», parece gritar el espíritu de Las Encantadas que gime, «y envía a Lázaro, para que pueda meter en el agua las yemas de sus dedos y refrescar mi lengua, pues estoy atormentado por estas llamas».

Otro rasgo de estas islas es la absoluta imposibilidad de que sean habitadas. Se considera un ejemplo apropiado de desidia que el chacal tenga su guarida en un páramo que pudo haber sido Babilonia; pero Las Encantadas se niegan a darle acogida hasta a las más descastadas entre las bestias. Tanto el hombre como el lobo las evitan. Allí se pueden encontrar pocos animales, con la excepción de los reptiles: tortugas, lagartos, arañas enormes, serpientes y esa singular anomalía de la naturaleza exótica que es la iguana. No se oye una voz ni un mugido ni un aullido; el primordial signo de vida allí es el silbido.

En la mayor parte de las islas donde hay alguna vegetación, ésta resulta más ingrata que la aridez de Atacama. Confusos matorrales de arbustos tiesos, sin frutos y sin nombres, que brotan entre profundas grietas de roca calcinada y vilmente las esconden; o algún conjunto reseco de cactus retorcidos.

En muchos lugares la costa está recortada por rocas o, dicho con más exactitud, por escorias; masas hundidas de materia negruzca o verdosa como los residuos de una caldera, que forman grietas oscuras y cavernas aquí y allí, y a las cuales el mar, incesantemente, baña con la furia de su

espuma, cubriéndolas con un remolino de bruma gris y es-
cuálida por la que vuelan chillonas bandadas de aves ater-
radoras que acrecientan el estrépito tenebroso. Por muy
tranquilo que esté mar afuera, no hay tregua para este
oleaje y para esas rocas; el embate de las olas no se detie-
ne por más que el océano exterior esté en su momento de
máxima calma. En las mañanas sofocantes y nubladas, tan
características de esta zona del Ecuador marítimo, las oscu-
ras masas vítreas, muchas de las cuales se elevan costa
afuera entre blancos remolinos y rompientes en lugares
apartados y peligrosos, ofrecen una visión extraordina-
riamente plutónica. Sólo en un mundo caído pueden existir
semejantes tierras.

Las partes de la costa que están libres de las marcas del
fuego se extienden por playas extensas con innumerables
caracoles muertos, con pedazos podridos de caña de azú-
car aquí y allá, bambúes y cocos, arrastrados hasta este
otro mundo más sombrío desde las encantadoras islas con
palmeras que encontramos hacia el oeste y el sur, es decir
todo el trayecto del Paraíso al Tártaro; pero también mez-
clados con vestigios de una belleza lejana se hallarán a ve-
ces pedazos de madera quemada y astillas de naufragios. Y
no ha de asombrarse nadie de que se encuentren estas últi-
mas, después de observar las corrientes rivales que se en-
trechocan a lo largo de casi todos los anchos canales del
grupo entero de islas. Los caprichos de las corrientes de ai-
re concuerdan con los de las del mar. En ninguna parte el
viento es tan liviano, tan sorprendente, tan inseguro en to-
do sentido, así como tan propenso a las inexplicables cal-
mas, como en Las Encantadas. Cerca de un mes le tomó a
un barco de una isla ir a otra, a pesar de que, entre ellas,
hay sólo noventa millas; pues debido a la fuerza de la co-
rriente, los botes empleados para el remolque apenas al-
canzaban para impedir que el barco fuera arrojado sobre
los acantilados y en nada contribuyeron a acelerar su viaje.
A veces le es imposible a una embarcación que viene de le-

jos acercarse al grupo de islas, a menos que las posibilidades de deriva se hayan tenido muy en cuenta antes de que aparezcan a la vista. No obstante ello, en otras oportunidades, una misteriosa succión atrae irresistiblemente hacia las islas al barco que pasa con otro rumbo.

Es verdad que, en una época, como de cierta forma hasta el día de hoy, grandes flotas de balleneros recorrían, en busca de cetáceos, lo que algunos marineros llaman el Terreno Encantado. Pero esto, como se describirá en su momento, ocurría en los alrededores de la gran isla exterior de Albemarle, lejos del laberinto de las islas menores, adonde el mar es ancho; y, en consecuencia, las precedentes observaciones no se aplican en absoluto a esta zona, aunque aún allí los embates de la corriente a veces tienen una fuerza singular, aunque cambian de rumbo también, con capricho igualmente extraño.

Por cierto, hay estaciones en que hay corrientes absolutamente inexplicables que se imponen hasta una gran distancia alrededor de todo el grupo; y son tan fuertes e irregulares como para cambiar el rumbo de un barco en contra de lo que el timón manda, por más que se navegue a un promedio de cuatro o cinco millas por hora. Las diferencias en los cálculos de los navegantes que estas causas producían, junto con los vientos leves y variables, durante largo tiempo sustentaron la creencia de que existían, en el paralelo de Las Encantadas, dos grupos distintos de islas, apartados por unas cien leguas. Tal fue la opinión de sus primeros visitantes, los bucaneros; y aún en 1750, los mapas de esa zona del Pacífico se ajustaban a la extraña fantasía. Y la fugacidad e irrealidad aparentes en la ubicación de las islas fue muy posiblemente el motivo por el cual los españoles las llamaran Las Encantadas o Grupo Encantado.

Pero no sin influencia por el carácter de las islas, tales como ahora se reconoce que existen, el viajero moderno se inclinará a imaginar que el otorgamiento de este nombre podría en parte originarse en ese aire de hechizada sole-

dad que tan significativamente envuelve a las islas. Nada puede sugerir mejor el aspecto de cosas que antiguamente estaban vivas y por un maleficio han sido reducidas de la rubicundez a cenizas. Estas islas parecen manzanas de Sodomá después de haber sido tocadas.

Por muy inconstante que pueda creerse su lugar debido a las corrientes, estas islas, al menos para quien está en sus playas, se presentan invariablemente idénticas: fijas, fundidas, pegadas al cuerpo mismo de una muerte cadavérica.

Tampoco parecería que esta calificación de «encantadas» esté fuera de lugar en otro sentido. Puesto que, con respecto a los peculiares reptiles que habitan en estos yerros —cuya presencia proporciona al grupo su segundo nombre español: Galápagos—, con respecto a las tortugas que se encuentran allí, desde hace tiempo la mayoría de los marineros sustentan una superstición tan terrible cuanto grotesca. Creen sinceramente que todos los oficiales de marina malvados, más en particular los comodoros y capitanes, son transformados al morir (y, en algunos casos, ya antes de morir) en tortugas; y viven desde entonces en estas calurosas arideces, únicos señores solitarios del alquitrán.

Sin duda, pensamiento tan singularmente doloroso fue en un comienzo inspirado por el propio paisaje desesperanzado, pero acaso más en especial por las tortugas. Porque, aparte de sus rasgos estrictamente físicos, hay algo auto-condenatorio en la apariencia de estas criaturas. En ninguna otra forma animal se expresa más lastimosamente la constancia del dolor, el sometimiento a la pena impuesta; y por otra parte la consideración de su maravillosa longevidad no deja de acentuar esta impresión.

Ni siquiera a riesgo de merecer la acusación de creer absurdamente en encantamientos puedo dejar de admitir que a veces, incluso ahora mismo, cuando dejo la ciudad populosa para pasar errando los meses de julio y agosto entre los Adirondacks, lejos de las influencias ciudadanas y por contrapartida cerca de esas otras influencias misterio-

sas de la naturaleza; cuando en esos días me siento en la cima de algún desfiladero boscoso, rodeado por los troncos de los pinos caídos y recuerdo, como en un sueño, mis otros vagabundeos, tan distantes, en el corazón calcinado de las islas hechizadas; y recuerdo los súbitos reflejos de conchas oscuras y los largos y lánguidos cuellos que sobresalían de los raídos matorrales; y he contemplado nuevamente las rocas vítreas del interior, gastadas y acanaladas en profundos surcos por milenios y milenios del lento arrastrarse de las tortugas en busca de charcos con un poco de agua, difícilmente puedo resistir el sentimiento de que algún día dormí realmente en una tierra que sustentaba algún maleficio.

Pues entonces, que tal es la intensidad de mi recuerdo, o la magia de mi fantasía, que ya no sé si soy la víctima ocasional de una ilusión óptica en lo relativo a las Galápagos. Porque a menudo en escenas de regocijo público y especialmente en ágapes celebrados en viejas mansiones a la luz de candelabros de modo tal que las sombras son arrojadas a los rincones más recónditos de alguna habitación angular y amplia haciéndolas parecer la maleza embrujada de un bosque solitario, he llamado la atención de mis compañeros de diversión por mi mirada fija y por mi súbito cambio de semblante porque me parecía ver que surgía lentamente entre esas soledades imaginadas, y que se arrastraba pesadamente por el piso, el fantasma de una tortuga gigante, con la leyenda «Memento...» inscrita en letras ardientes sobre la caparazón.